

Las cajas

Las cajas de cartón, abiertas, ocupan casi todos los espacios que, debajo de la cama o a un costado de ella, deberían estar vacíos en su dormitorio. Cajas con su ropa cuidadosamente doblada, con sus cremas, sus perfumes, sus esmaltes para uñas, con sus cosas. Otras vacías, esperan el televisor o el equipo de audio que, puestos sobre otras más firmes, cantan su libertad.

Su nueva casa es más pequeña que la anterior, y mucho más que las otras antes. El alquiler es más accesible y no le exigen garantía. Su economía ya tocó fondo y sabe muy bien que, apenas él se entere adónde está, tendrá que subir nuevamente las cajas a un flete y buscar rápidamente, lo más lejos posible, un nuevo hogar donde ocultarse.

En el dormitorio más pequeño su hijo, Joaquín, aunque quisiera tener sus revistas, sus CD y juguetes dispersos, también está obligado a tenerlo todo guardado en cajas.

Joaquín, de nueve años, sale de la casa solamente para tomar el colectivo que lo lleva hasta su nueva escuela. Es tímido, retraído, no tiene amigos en el colegio ni en el barrio, siempre está solo. Sabe que, si entabla amistad con alguien, lo perderá, tendrá que irse sin despedidas, lo extrañará, deberá dar explicaciones de por qué vive una vida de encierro, explicar los no puedo ante cualquier invitación. Ya aprendió que lo mejor es estar solo, ensimismado, metido en su cuarto.

Siempre están bien cerradas las ventanas y la puerta del frente de la casa, igual que las demás. El olor a encierro está metido en todas las cosas y en todas las cajas.

Hoy, domingo, la incansable madre prepara el desayuno preferido de Joaquín. Siempre trata de darle lo mejor; de distraerlo para que no se acuerde. Después irá hasta la feria, ahí a la vuelta, y comprará todo para cocinarle canelones como le gustan a él. Siempre que hace canelones cocinan juntos, se ríen, se divierten y se olvidan.

Joaquín, con los ojos pegados, despeinado, se levanta y, llevado por el olor, se arrima a su madre en la cocina. Sorteando las cajas en el piso la saluda con un beso y un buen día que ella responde con un abrazo; luego, se sienta impaciente a esperar el desayuno.

La orgullosa madre pone, frente a él, un plato con pan, huevos revueltos, panchos y una taza de chocolate caliente.

—Hoy hice tu preferido.

—Gracias, mami —responde Joaquín, sonriendo agradecido.

Ella, mientras lava los platos, lo mira feliz. A veces se le borra la sonrisa pensando que daría cualquier cosa, su vida entera, para que tuviera una vida normal como todos los demás niños.

Sacándola de sus pensamientos, Joaquín señala la puerta rústica y, con la boca llena, le pregunta:

—Mami, ¿qué hay detrás de esa puerta?

—¿Esa puerta? el sótano; ¿te acuerdas que nos dijeron que la casa tiene sótano? Bueno, es ese.

Joaquín recordó sus últimos sueños, sus últimas pesadillas.

— ¿Y por qué no la abrimos y vemos qué hay, mami?

— ¿Y qué va a haber ahí más que arañas y todo tipo de bichos? Dejá. Mejor ni entrar. Escúchame, voy a la feria, ¿quieres venir conmigo?

Joaquín, sin dejar de mirar la puerta, respondió que quería ver un nuevo programa en la tele y se fue para su cuarto.

Esperó hasta escuchar el grito de la madre “¡ya vengo!”, el golpe de la puerta al cerrarse y las llaves trancando la cerradura de arriba y luego la de abajo.

Fue a la cocina. Se paró frente a la puerta del supuesto sótano. Sacó de su bolsillo una vieja y misteriosa llave que una noche apareció en su cuarto. La probó y la

puerta se abrió. La empujó, prendió la linterna, alumbró y vio otra puerta también cerrada. Se quedó paralizado, quieto, pensando. Sacó ánimo de su interior y caminó hacia ella. Tomó el pestillo con fuerza, a pesar de sus temblorosas y sudadas manos, y suavemente la empujó; daba paso a una escalera que descendía hacia la oscuridad. Comenzó a bajar lentamente, alumbrando con su linterna. Se le apareció una pieza vacía, desnuda, oscura y, al final, otra puerta igual que la anterior. La abrió con la misma llave y se encontró con otra escalera que lo desafiaba a continuar.

Una pieza lleva a otra y esa a otra más y luego a otra escalera que baja. Todas vacías, con el mismo olor a encierro que su cuarto, que su casa, con telas de arañas que cuelgan de todos lados como le había advertido su madre. Pero no se detuvo. Quería enfrentarlo, como en sus sueños, derribarlo, sacarlo de su desgraciada vida y, sobre todo, de la de su querida madre.

Ya había abierto cuatro puertas y bajado otro tanto de escaleras. Se imaginó que estaría cerca del centro de la tierra. Ahora, delante de sí, una puerta sin pestillo ni cerradura. Sus pensamientos lo confundieron y se asustó más cuando todas las puertas a su espalda se cerraron violentamente; el golpe pareció una explosión en su cabeza. Se sintió más encerrado que antes. "Él ya está acá" se dijo y sacó la espada, la que su madre le había regalado para su cumpleaños. Apuntó con ella y su linterna en todas direcciones. "Me atacará por la espalda" pensó, pero no fue así. Esa puerta se abrió lentamente chirriando (la puerta del infierno). Una sombra se divisó, primero su cabeza y luego todo su cuerpo como si viniera de un lugar iluminado. El calor de las llamas de fuego enrojeció aún más su cara. Los pasos fueron cada vez más fuertes y el olor a ese maldito perfume que Joaquín reconoció enseguida se le aproximó. "Es él" se dijo, aspirando fatigado por la nariz, controlando su miedo.

El gigante ocupó todo el espacio vacío de la puerta abierta; sus dientes, tras la sonrisa, brillaron alumbrados por la luz de la linterna, miró al niño allí abajo congelado del susto.

—¡Sabes que no puedes conmigo! —le dijo, con una voz que parecía un trueno y agregó— ¡nunca has podido, ni tu ni tu madre!; ¡siempre los he encontrado!

Joaquín respiró hondo. La espada en su mano tembló, pero no se dejó dominar por el miedo, lo expulsó de sí y, con voz de niño pero firme, le contestó:

—¡He bajado para matarte y para que nos dejes en paz! ¡Nunca más nos vas a tocar!

La risa del gigante inundó la pieza (seguro la ciudad entera la escuchó) pensó el niño; sonó en su cabeza mucho más fuerte que los truenos pasados cuando vivían juntos y, con la misma intensidad, el gigante continuó:

—¡Nunca aprenden, deben respetarme, obedecerme!

El gigante comenzó a caminar tercamente repitiendo "ustedes me pertenecen". El piso de madera tembló bajo sus pies a cada paso.

El niño sintió cómo su espada atravesaba el cuerpo del gigante, a la altura del pecho; lo vio, tirado, moribundo, llorando, implorando perdón, pero cesó su imaginación cuando sintió la pesada mano sobre su cara y cayó. Era el gigante quien reía sin parar.

—¡Nunca más nos tocarás, hoy te venceré o moriré! —le gritó el niño quien se sobrepuso a su miedo y al golpe lanzando un alarido de rabia contenida. Con la espada en su mano, apuntándole, la sintió ahora si penetrar el pecho del gigante, quien cayó pesadamente de espaldas. Joaquín lo vio desaparecer, dejando una mancha negra sobre la madera del piso. La puerta al infierno se cerró y las que estaban a su espalda se abrieron. Subió, trancando con llave cada puerta que se le abría, llorando, desahogando su miedo.

La madre al regresar lo encontró sacando todas las cosas de las cajas, que ahora se amontonaban vacías en un rincón.

—¿Qué haces Joaquín?

—Somos libres ma, libres, no cierres la puerta, déjala —mostrándole la espada, la que ella le había regalado para matar los monstruos de sus pesadillas.